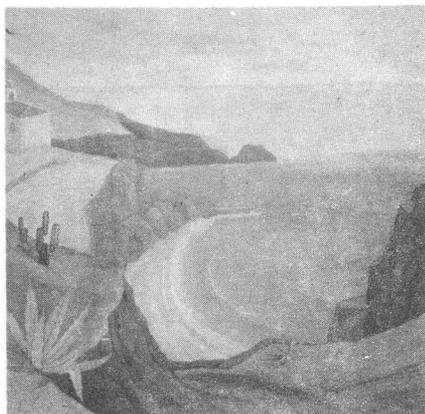


PAGINAS DE LITERATURA CANARIA

Indagación de las islas

Unas cuartillas del pintor Juan Ismael sobre el paisaje de Canarias

Esta nueva sección de *Aguayro*, que prolonga en cierto modo la titulada "Prosistas Canarios", intenta recuperar textos de muy diversos autores y épocas, en la creencia de que esta actualización se impone como sugestiva tarea de aproximación a la literatura insular a través del conocimiento directo de los textos y de su anotación sumaria. El investigador y aún el simple lector conocen cuántas páginas memorables han quedado encerradas en las publicaciones periódicas de las islas, páginas cuya recuperación no siempre se realiza (cuando ello ocurre) en corto plazo. El objeto de esta sección — no limitada, sin embargo, únicamente al rescate de textos publicados en su día en la prensa — no es otro, pues, que el de adelantar al lector y al estudioso un conjunto de materiales de lectura y de análisis.



"Indagación de las islas. Unas cuartillas del pintor Juan Ismael sobre el paisaje de Canarias" apareció en *Diario de Las Palmas* el 12 de marzo de 1934. El interés de este artículo — familiar a los estudiosos de Juan Ismael — no reside tan sólo en su importancia con relación a la evolución del pintor, sino también en su clara definición de una óptica peculiar sobre el paisaje canario. Su estilo — de extraordinaria limpidez, casi ingenua —, la *mentalización* del paisaje como designio plástico (nótese la significativa referencia a Juan Manuel Trujillo) e incluso el detalle del nacimiento del pintor en Santa Cruz de Tenerife (1), equívoco suscitado en tiempos por el propio Juan Ismael, hacen de este texto una pieza en verdad imprescindible para el estudio del autor de *El aire que me ciñe* y, en general, para una historia de las versiones plástica y literaria del paisaje insular.—A. S. R.

1. Juan Ismael nació en la Oliva, Fuerteventura, el 19 de noviembre de 1909.

Yo quise pintar paisajes de Tenerife desde mi adolescencia hasta mis 22 años — cuando me marché de las islas — y siempre tuve que destruirlos, después de terminados. Yo suponía que por el solo hecho de haber nacido en Santa Cruz, haber visto todas las islas y crearme pintor, podía hacer cuadros de Canarias mejor que nadie y comprender el paisaje mejor que nadie. Entonces copiaba un trozo de tierra con un poco de mar y un cielo claro — una casita con ventanas verdes y tejado rojo, y una enredadera colgando de una tapia. Y después de pintar todo esto, tenía que romper el cuadro. Aquello podía ser un cuadro, porque estaba todo el lienzo pintado, pero no era un cuadro de Canarias.

La memoria es la potencia más poética de nuestro intelecto — ¿verdad, Juan Manuel? —.

Yo empecé a ver Canarias y a saber como era su paisaje, cuando comencé a recordarla. Los cuadros que he pintado aquí — todos dijeron que eran muy isleños — los hice de memoria.

Creo que lo más puro y genuino de las islas, está en el sur de Tenerife. La tierra es seca y la montaña es pelada, los árboles son chatos y el mar es un detalle indispensable siempre, porque actúa siempre pegado al cielo y a la tierra.

* * *

Las islas tienen unos puertos humildes, donde no atracan sino vaporcitos panzudos y de poco calado, que vienen a llevarse los tomates o plátanos de las cercanías. Puertos donde viven marineros que no se alejan mucho de la orilla. Los marineros que creen en las sirenas y que no pescan el día de todos los muertos porque las redes sacarían esqueletos.

Los puertos pequeños, donde están fondeados unos veleros de dos palos — que parece que están allí de toda la vida — contruidos en astilleros de las islas, y que tienen un pescado de latón en la punta de los mástiles, para señalar los vientos.

Estos puertos tienen unas casitas nuevas y blancas, de un solo piso, cuadradas, como dados y con dos ventanas — casi siempre dos ventanas — mirando al mar, que por este lado de la isla no sabe de crepúsculos violados, sino de amaneceres donde todo su lomo se pone a rebrillar de plata, como si todas las sardinas hubieran salido a darle los buenos días al sol.

En estos puertos ignorados es donde yo creo está la mayor poesía de las islas Canarias.

* * *

En los paisajes secos y amplios tiene una gran importancia la molineta. Está allí como si hubiera crecido como un árbol — se parece a la palmera — y ya es igual a una casa al palo del teléfono, a la piedra del barranco, al verode. La molineta es una miniatura de la torre Eiffel, con una rosa salada en su vértice, de cincuenta aspas, que revuelven el cielo, el mar y la tierra. Ella ha venido a poner verdes unos cuadrados del terreno — plantaciones de tomates — que antes no estaban así, porque ella no había venido a sacar el agua que pasaba honda. La palmera africana, desde que vino la molineta de hierro ágil se ha quedado muy triste, y ya toda su ambición es alcanzar el cielo, y señalar con sus brazos — antes que lo perciba el timón de la molinera — de donde sopla el viento.

El pico Teide del sur de Tenerife es más bello que el Teide del valle de la Orotava.

Existen unas playitas de arena gris y fina, donde nadie se baña. Yo sé que estas playas están para que por la noche vengan a descansar las sirenas del Atlántico.

Hay acantilados que tienen tarajales verdinegros con las hojas llenas de salitre y doblados sobre la tierra por el viento del mar.

Hay caminos desiertos y estrechos, que suben a las montañas, con chumberas y piteras azules a sus costados.

Hay unos cementerios en algunos pueblos de marineros, que están cerca de la orilla, para que los marineros que mueren en tierra sigan escuchando la cantilena del mar después de muertos.

Y lo más canario de Canarias es su mar. Un mar distinto a todos los mares. Un mar, que — como dice Ramón Gómez de la Serna — no nos aísla por que es una prolongación del paisaje.

Madrid, marzo, 1934.

JUAN ISMAEL